

AÑO C • DOMINGO DE PASIÓN

La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según San Lucas 22:14–23:56

Narrador • 57	Pilato • 4	Soldado • 2	Sirvienta • 1
Jesús • 24	Discípulo • 3	Capitán • 1	Sirviente 1 • 1
Anciano 1 • 5	Pedro • 3	Criminal 1 • 1	Sirviente 2 • 1
Anciano 2 • 4	Pueblo • 2	Criminal 2 • 2	

Narrador: La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según San Lucas.

Cuando llegó la hora para la cena de Pascua, Jesús y los apóstoles se sentaron a la mesa. Jesús les dijo:

Jesús: —¡Cuánto he querido celebrar con ustedes esta cena de Pascua antes de mi muerte! Porque les digo que no la celebraré de nuevo hasta que se cumpla en el reino de Dios.

Narrador: Entonces tomó en sus manos una copa y, habiendo dado gracias a Dios, dijo:

Jesús: —Tomen esto y repártanlo entre ustedes; porque les digo que no volveré a beber del producto de la vid, hasta que venga el reino de Dios.

Narrador: Después tomó el pan en sus manos y, habiendo dado gracias a Dios, lo partió y se lo dio a ellos, diciendo:

Jesús: —Esto es mi cuerpo, entregado a muerte en favor de ustedes. Hagan esto en memoria de mí.

Narrador: Lo mismo hizo con la copa después de la cena, diciendo:

Jesús: —Esta copa es la nueva alianza confirmada con mi sangre, la cual es derramada en favor de ustedes. Pero ahora la mano del que me va a traicionar está aquí, con la mía, sobre la mesa. Pues el Hijo del hombre ha de recorrer el camino que se le ha señalado, pero ¡ay de aquel que lo traiciona!

Narrador: Entonces comenzaron a preguntarse unos a otros quién sería el traidor.

Los discípulos tuvieron una discusión sobre cuál de ellos debía ser considerado el más importante. Jesús les dijo:

Jesús: «Entre los paganos, los reyes gobiernan con tiranía a sus súbditos, y a los jefes se les da el título de benefactores. Pero ustedes no deben ser así. Al contrario, el más importante entre ustedes tiene que hacerse como el más joven, y el que manda tiene que hacerse como el que sirve. Pues ¿quién es más importante, el que se sienta a la mesa a comer o el que sirve? ¿Acaso no lo es el que se sienta a la mesa? En cambio yo estoy entre ustedes como el que sirve.

»Ustedes han estado siempre conmigo en mis pruebas. Por eso, yo les doy un reino, como mi Padre me lo dio a mí, y ustedes comerán y beberán a mi mesa en mi reino, y se sentarán en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.»

Narrador: Dijo también el Señor:

Jesús: —Simón, Simón, mira que Satanás los ha pedido a ustedes para sacudirlos como si fueran trigo; pero yo he rogado por ti, para que no te falte la fe. Y tú, cuando te hayas vuelto a mí, ayuda a tus hermanos a permanecer firmes.

Narrador: Simón le dijo:

Pedro: —Señor, estoy dispuesto a ir contigo a la cárcel, y hasta a morir contigo.

Narrador: Jesús le contestó:

Jesús: —Pedro, te digo que hoy mismo, antes que cante el gallo, tres veces negarás que me conoces.

Narrador: Luego Jesús les preguntó:

Jesús: —Cuando los mandé sin dinero ni provisiones ni sandalias, ¿acaso les faltó algo?

Narrador: Ellos contestaron:

Discípulo: —Nada.

Narrador: Entonces les dijo:

Jesús: —Ahora, en cambio, el que tenga dinero, que lo traiga, y también provisiones; y el que no tenga espada, que venda su abrigo y se compre una. Porque les digo que tiene que cumplirse en mí esto que dicen las Escrituras: “Y fue contado entre los malvados.” Pues todo lo que está escrito de mí, tiene que cumplirse.

Narrador: Ellos dijeron:

Discípulo: —Señor, aquí hay dos espadas.

Narrador: Y él contestó:

Jesús: —Basta ya de hablar.

Narrador: Luego Jesús salió y, según su costumbre, se fue al Monte de los Olivos; y los discípulos lo siguieron. Al llegar al lugar, les dijo:

Jesús: —Oren, para que no caigan en tentación.

Narrador: Se alejó de ellos como a la distancia de un tiro de piedra, y se puso de rodillas para orar. Dijo:

Jesús: «Padre, si quieres, líbrame de este trago amargo; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya.»

Narrador: [En esto se le apareció un ángel del cielo, para darle fuerzas. En medio de su gran sufrimiento, Jesús oraba aún más intensamente, y el sudor le caía a tierra como grandes gotas de sangre.]

Cuando se levantó de la oración, fue a donde estaban los discípulos, y los encontró dormidos, vencidos por la tristeza. Les dijo:

Jesús: —¿Por qué están durmiendo? Levántense y oren, para que no caigan en tentación.

Narrador: Todavía estaba hablando Jesús, cuando llegó mucha gente. El que se llamaba Judas, que era uno de los doce discípulos, iba a la cabeza. Éste se acercó a besar a Jesús, pero Jesús le dijo:

Jesús: —Judas, ¿con un beso traicionas al Hijo del hombre?

Narrador: Los que estaban con Jesús, al ver lo que pasaba, le preguntaron:

Discípulo: —Señor, ¿atacamos con espada?

Narrador: Y uno de ellos hirió al criado del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha. Jesús dijo:

Jesús: —Déjenlos; ya basta.

Narrador: Y le tocó la oreja al criado, y lo sanó. Luego dijo a los jefes de los sacerdotes, a los oficiales del templo y a los ancianos, que habían venido a llevarse lo:

Jesús: —¿Por qué han venido ustedes con espadas y con palos, como si yo fuera un bandido? Todos los días he estado con ustedes en el templo, y no trataron de arrestarme. Pero ésta es la hora de ustedes, la hora del poder de las tinieblas.

Narrador: Arrestaron entonces a Jesús y lo llevaron a la casa del sumo sacerdote. Pedro lo seguía de lejos. Allí, en medio del patio, habían hecho fuego, y se sentaron alrededor; y Pedro se sentó también entre ellos. En esto, una sirvienta, al verlo sentado junto al fuego, se quedó mirándolo y dijo:

Sirvienta: —También éste estaba con él.

Narrador: Pero Pedro lo negó, diciendo:

Pedro: —Mujer, yo no lo conozco.

Narrador: Poco después, otro lo vio y dijo:

Sirviente 1: —Tú también eres de ellos.

Narrador: Pedro contestó:

Pedro: —No, hombre, no lo soy.

Narrador: Como una hora después, otro insistió:

Sirviente 2: —Seguro que éste estaba con él. Además es de Galilea.

Narrador: Pedro dijo:

Pedro: —Hombre, no sé de qué hablas.

Narrador: En ese mismo momento, mientras Pedro aún estaba hablando, cantó un gallo. Entonces el Señor se volvió y miró a Pedro, y Pedro se acordó de que el Señor le había dicho:

Jesús: «Hoy, antes que el gallo cante, me negarás tres veces.»

Narrador: Y salió Pedro de allí y lloró amargamente.

Los hombres que estaban vigilando a Jesús se burlaban de él y lo golpeaban. Le taparon los ojos, y le preguntaban:

Soldado: —¡Adivina quién te pegó!

Narrador: Y lo insultaban diciéndole muchas otras cosas.

Cuando se hizo de día, se reunieron los ancianos de los judíos, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley, y llevaron a Jesús ante la Junta Suprema. Allí le preguntaron:

Anciano 1: —Dinos, ¿eres tú el Mesías?

Narrador: Él les contestó:

Jesús: —Si les digo que sí, no me van a creer. Y si les hago preguntas, no me van a contestar. Pero desde ahora el Hijo del hombre estará sentado a la derecha del Dios todopoderoso.

Narrador: Luego todos le preguntaron:

Anciano 2: —¿Así que tú eres el Hijo de Dios?

Narrador: Jesús les contestó:

Jesús: —Ustedes mismos han dicho que lo soy.

Narrador: Entonces ellos dijeron:

Anciano 1: —¿Qué necesidad tenemos de más testigos?

Anciano 2: —Nosotros mismos lo hemos oído de sus propios labios.

Narrador: Todos de la Junta Suprema se levantaron, y llevaron a Jesús ante Pilato. En su presencia comenzaron a acusarlo, diciendo:

Anciano 1: —Hemos encontrado a este hombre alborotando a nuestra nación.

Anciano 2: —Dice que no debemos pagar impuestos al emperador, y además afirma que él es el Mesías, el Rey.

Narrador: Pilato le preguntó:

Pilato: —¿Eres tú el Rey de los judíos?

Jesús: —Tú lo has dicho—

Narrador: contestó Jesús.

Entonces Pilato dijo a los jefes de los sacerdotes y a la gente:

Pilato: —No encuentro en este hombre razón para condenarlo.

Narrador: Pero ellos insistieron con más fuerza:

Anciano 1: —Con sus enseñanzas está alborotando a todo el pueblo.

Anciano 2: —Comenzó en Galilea, y ahora sigue haciéndolo aquí, en Judea.

Narrador: Al oír esto, Pilato preguntó si el hombre era de Galilea. Y al saber que Jesús era de la jurisdicción de Herodes, se lo envió, pues él también se encontraba aquellos días en Jerusalén. Al ver a Jesús, Herodes se puso muy contento, porque durante mucho tiempo había querido verlo, pues había oído hablar de él y esperaba verlo hacer algún milagro. Le hizo muchas preguntas, pero Jesús no le contestó nada. También estaban allí los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley, que lo acusaban con gran insistencia. Entonces Herodes y sus soldados lo trataron con desprecio, y para burlarse de él lo vistieron con ropas lujosas, como de rey. Luego Herodes lo envió nuevamente a Pilato. Aquel día se hicieron amigos Pilato y Herodes, que antes eran enemigos.

Pilato reunió a los jefes de los sacerdotes, a las autoridades y al pueblo, y les dijo:

Pilato: —Ustedes me trajeron a este hombre, diciendo que alborota al pueblo; pero yo lo he interrogado delante de ustedes y no lo he encontrado culpable de ninguna de las faltas de que lo acusan. Ni tampoco Herodes, puesto que nos lo ha devuelto. Ya ven, no ha hecho nada que merezca la pena de muerte. Lo voy a castigar y después lo dejaré libre.

Narrador: Pero todos juntos comenzaron a gritar:

Pueblo: —¡Fuera con ése! ¡Déjanos libre a Barrabás!

Narrador: A este Barrabás lo habían metido en la cárcel por una rebelión ocurrida en la ciudad, y por un asesinato. Pilato, que quería dejar libre a Jesús, les habló otra vez; pero ellos gritaron más alto:

Pueblo: —¡Crucificalo! ¡Crucificalo!

Narrador: Por tercera vez Pilato les dijo:

Pilato: —Pues ¿qué mal ha hecho? Yo no encuentro en él nada que merezca la pena de muerte. Lo voy a castigar y después lo dejaré libre.

Narrador: Pero ellos insistían a gritos, pidiendo que lo crucificara; y tanto gritaron que consiguieron lo que querían. Pilato decidió hacer lo que le estaban pidiendo; así que dejó libre al hombre que habían escogido, el que estaba en la cárcel por rebelión y asesinato, y entregó a Jesús a la voluntad de ellos.

Narrador: Cuando llevaron a Jesús a crucificarlo, echaron mano de un hombre de Cirene llamado Simón, que venía del campo, y lo hicieron cargar con la cruz y llevarla detrás de Jesús.

Narrador: Mucha gente y muchas mujeres que lloraban y gritaban de tristeza por él, lo seguían. Pero Jesús las miró y les dijo:

Jesús: —Mujeres de Jerusalén, no lloren por mí, sino por ustedes mismas y por sus hijos. Porque vendrán días en que se dirá: "Dichosas las que no pueden tener hijos, las mujeres que no dieron a luz ni tuvieron hijos que criar." Entonces comenzará la gente a decir a los montes: "¡Caigan sobre nosotros!", y a las colinas: "¡Escóndannos!" Porque si con el árbol verde hacen todo esto, ¿qué no harán con el seco?

Narrador: También llevaban a dos criminales, para crucificarlos junto con Jesús.

Todos de pie.

Narrador: Cuando llegaron al sitio llamado La Calavera, crucificaron a Jesús y a los dos criminales, uno a su derecha y otro a su izquierda. [Jesús dijo:

Jesús: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.»]

Narrador: Y los soldados echaron suertes para repartirse entre sí la ropa de Jesús. La gente estaba allí mirando; y hasta las autoridades se burlaban de él, diciendo:

Anciano 1: —Salvó a otros; que se salve a sí mismo ahora, si de veras es el Mesías de Dios y su escogido.

Narrador: Los soldados también se burlaban de Jesús. Se acercaban y le daban a beber vino agrio, diciéndole:

Soldado: —¡Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo!

Narrador: Y había un letrero sobre su cabeza, que decía: «Éste es el Rey de los judíos.»

Uno de los criminales que estaban colgados, lo insultaba:

Criminal 1: —¡Si tú eres el Mesías, sálvate a ti mismo y sálvanos también a nosotros!

Narrador: Pero el otro reprendió a su compañero, diciéndole:

Criminal 2: —¿No tienes temor de Dios, tú que estás bajo el mismo castigo? Nosotros estamos sufriendo con toda razón, porque estamos pagando el justo castigo de lo que hemos hecho; pero este hombre no hizo nada malo.

Narrador: Luego añadió:

Criminal 2: —Jesús, acuérdate de mí cuando comiences a reinar.

Narrador: Jesús le contestó:

Jesús: —Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso.

Narrador: Desde el mediodía y hasta las tres de la tarde, toda la tierra quedó en oscuridad. El sol dejó de brillar, y el velo del templo se rasgó por la mitad. Jesús gritó con fuerza y dijo:

Jesús: —¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!

Narrador: Y al decir esto, murió.

Se puede guardar silencio.

Narrador: Cuando el capitán romano vio lo que había pasado, alabó a Dios, diciendo:

Capitán: —De veras, este hombre era inocente.

Narrador: Toda la multitud que estaba presente y que vio lo que había pasado, se fue de allí golpeándose el pecho. Todos los conocidos de Jesús se mantenían a distancia; también las mujeres que lo habían seguido desde Galilea estaban allí mirando.

Narrador: Había un hombre bueno y justo llamado José, natural de Arimatea, un pueblo de Judea. Pertenecía a la Junta Suprema de los judíos. Este José, que esperaba el reino de Dios y que no estuvo de acuerdo con lo que la Junta había hecho, fue a ver a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Después de bajarlo de la cruz, lo envolvió en una sábana de lino y lo puso en un sepulcro excavado en una peña, donde todavía no habían sepultado a nadie. Era el día de la preparación para el sábado, que ya estaba a punto de comenzar.

Las mujeres que habían acompañado a Jesús desde Galilea, fueron y vieron el sepulcro, y se fijaron en cómo habían puesto el cuerpo. Cuando volvieron a casa, prepararon perfumes y ungüentos.

Las mujeres descansaron el sábado, conforme al mandamiento.



Leccionario Dominical, creado por el Ministerio Latino/Hispano de la Iglesia Episcopal (212-716-6073 • P.O. Box 512164, Los Angeles, CA 90051, www.episcopalchurch.org/latino). Los textos bíblicos son tomados de la Biblia *Dios habla hoy*, Tercera edición, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1966, 1970, 1979, 1983, 1996. Usado con permiso. Las colectas y los salmos son tomados de *El Libro de Oración Común*, propiedad literaria de ©The Church Pension Fund, 1982. Usado con permiso. Leccionario Común Revisado ©1992 Consulta Sobre Textos Comunes. Usado con permiso.

Puede mandar sus comentarios, preguntas, o informes acerca de errores a J. Ted Blakley (M.Div., Ph.D.) en jtedblakley@gmail.com.